

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

Índice

Manifiesto	2
Equipo	3-6
Cristóbal Araya	3
José Tomas Ferretti	4
Henry Rojas	5
Felipe Pasten	6
Desilustraciones	7-22
No leas el Quijote / Henry Rojas	8-10
Cortinas de piel / José Tomás Ferretti	12-16
Cristo de Mayo / Cristóbal Araya	17-19
Mermas / Felipe Pasten	20-22
Entrevistas	23-33
Daniel Campusano, La Pollera	23-27
Ismael Rivera, Editorial Oximorón	28-33
Convocatoria	34-60
Mapjna / Mik	34-36
El hombre que desplumó el sol / Omar Ochi	37-39
La suerte de la flautista / Sylvette Cabrera Nieves	21-42
El abandono / Marta Monforte	43-48
Nadie dijo nada / Jorge Griffa	49-52
El peso del vacío / María Fernanda Ortiz	53-60
Microcuentos	61-64
Araya	61
Ferretti	62
Pastén	63
Rojas	64

MANIFIESTO DESILUSTRADOS

Somos una revista de difusión literaria orientada a nuevas voces.

ESCRIBIR, REUNIR, PUBLICAR.
CUENTOS, RELATOS, POEMAS.

Declaramos que la voluntad literaria es nuestro principio rector.
Voluntad de decir, sin garantías.
Voluntad de circular, fuera de los círculos imperantes.
Voluntad de encontrarse, en la dispersión.

Rechazamos el cruce entre lo académico y lo aficionado,
entre la formación y el vacío.
Circulamos en espacios institucionales, pero también en redes
donde la literatura se expone y se comparte.

No buscamos fijar una estética hegemónica.
No exigimos filiaciones ni pertenencias previas.
Nos interesa la escritura en su estado de necesidad.

TEXTOS QUE EXISTEN PORQUE ALGUIEN DECIDIÓ AFERRARSE A ELLOS.

Funcionamos como un espacio de recepción y selección.
Convocamos a autores y autoras a enviarnos sus obras bajo
la premisa de que serán leídas.
Los textos seleccionados serán publicados sin alteraciones.

No intervenimos ni editamos obras ajenas.
Respetamos la forma en que cada escritura se presenta.

Rechazamos la idea de la literatura como territorio cerrado o jerárquico.
Somos lo que publicamos y lo que creamos para que circule.

En esta revista no hay espacio para amiguismos, sonrisas
y palmaditas en la espalda.
En esta revista nunca se le cerrará la puerta a un escritor
emergente para colgarse de un escritor destacado.
Aquí trabajamos desde la democracia y no el elitismo.

Desilustrados existe porque alguien escribe, alguien envía, alguien lee.
Y porque, en ese tránsito, la herida persiste.

Cristóbal Araya
Tomás Ferreti
Felipe Pastén
Henry Rojas



Cristóbal Araya Martínez (1991)

Antropólogo UACH y
Magister (c) en
Escritura creativa
UDP.

Ganador del Fondo
del Libro 2024 línea
Creación por su obra
“El último hombre de
Balmaceda”.

De noche es instructor
3er Dan de ninjutsu
Bujinkan.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital



José Tomás Ferretti

José Tomás Ferretti
es escritor, editor
y periodista.

Su obra aborda la subjetividad
y la identidad, el poder y las
decisiones, el cuerpo y las
relaciones humanas.

Hoy cursa Magíster en Escritura
Creativa en la UDP, donde trabaja
en su tercera novela.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital



Henry Rojas (Rancagua, 1991)

Profesor de Castellano titulado por la Universidad de Playa Ancha, ha sido galardonado en instancias nacionales e internacionales, destacando en la VI Región de O'Higgins y Mendoza.

En 2015 ganó el concurso "Historias de nuestra tierra" recibiendo la distinción por parte del Ministerio de Agricultura con el texto "La virgen negra".

En 2025 obtuvo el premio nacional del Colegio de profesores con el cuento "La gente cree que tengo los ojos tristes".

Actualmente se desempeña como docente de Ética y Ciudadanía en el Liceo Bicentenario Juan Pablo II, y cursa el magister de Escritura Creativa en la Universidad Diego Portales.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital



Felipe Pastén

Felipe Pastén, ex estudiante del Programa Propedéutico y ex tutor del Departamento PAIEP USACH, actualmente periodista titulado de la Universidad de Santiago de Chile, publicó su primer libro sobre la historia del Programa PACE, en un recorrido a través de varias voces.

Como si se tratara de una crónica personal, en la cual él mismo con su enorme ego dió cuenta de su testimonio, plasmó en páginas las visiones del creador del Programa, a través de quienes le acompañaron en vida. En ese libro, es posible ver los desafíos que tuvieron que enfrentar para que la iniciativa, finalmente, viera la luz como una política pública; y su posterior consolidación.

Toca guitarra electroacústica, le gustan las hamburguesas, ralla todos sus libros y siempre lleva un lapiz mina, a causa de su caligrafía jeroglífica. Según él, con ese tipo de lápices, escribe con mejor pulso. Casi siempre pierde un calcetín.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

Desilustraciones

Desilustrados
revista literaria

No leas
el Quijote

de Henry Rojas .

DESILUSTRADOS

¡No leas el Quijote!

Quisimos corregir el error.

No uno cualquiera, sino ese pliegue mínimo en el tiempo que, sin que nadie lo advirtiera, dio origen a una de las anomalías más persistentes de la historia: el nacimiento de Miguel de Cervantes en 1547.

Todo comenzó con una sospecha. La literatura —decíamos— ya no crea, repite. Se imita a sí misma en un bucle interminable de temas reciclados, de ironías que se devoran unas a otras. Los escritores, como enfermos crónicos, padecen de lucidez: saben que todo ha sido dicho, y aun así insisten. La ironía, concluimos, no era un recurso, sino una enfermedad.

Y en el centro de esa infección estaba él.

No es descabellado afirmar que Cervantes venció en una batalla silenciosa contra su contemporáneo más cercano, William Shakespeare. Ambos murieron en 1616 —coincidencia que algunos han querido leer como un eco, un reflejo, un inquietante doble—, pero fue Cervantes quien dejó abierta la grieta por donde la literatura comenzó a mirarse a sí misma con sarcasmo. Desde entonces, nada volvió a ser inocente.

Por eso decidimos intervenir.

Nikola —ingeniero mecánico, croata, obsesivo hasta lo patológico— y yo concebimos un plan. Si eliminábamos el origen, tal vez sanaríamos el síntoma. La máquina del tiempo pertenecía a nuestro camarada inglés, Herbert George, quien nos había advertido innumerables veces sobre las consecuencias de alterar el pasado. Hablaba de fracturas, de realidades divergentes, de futuros irreparables. No lo escuchamos.

O no quisimos hacerlo.

Aprovechamos una noche en que Herbert asistía a una conferencia —irónico homenaje al décimo aniversario de su invención— y activamos el dispositivo. No viajamos al nacimiento, sino a un punto más vulnerable: 1597. La Cárcel Real de Sevilla. La quiebra, la acusación, el encierro. Todo estaba dispuesto. Nikola calculó con precisión quirúrgica la cadena de eventos necesaria para torcer el destino.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

Cervantes fue condenado a muerte ese mismo año.
No hubo épica. No hubo resistencia. Solo un hombre
más desapareciendo en la oscuridad de su tiempo.

Regresamos.

Y entonces comprendimos.

El mundo seguía en pie, pero algo esencial había sido
extirpado. No era un cambio visible, no al principio.
Era más bien un silencio. Una ausencia que se filtraba
en cada gesto humano.

En esta nueva realidad, nadie busca un mundo mejor.
No hay locos que confundan molinos con gigantes ni
hombres que se atrevan a vivir según ideales imposibles.
La justicia ya no es una aspiración, sino un término
obsoleto. Los desposeídos no luchan: aceptan. El
conformismo ha reemplazado a la esperanza.

La imaginación ha sido abolida.

El lenguaje mismo ha sufrido una mutilación. Las
palabras son escasas, funcionales, casi mecánicas.
Se habla lo justo, lo mínimo. Como si nombrar más
cosas implicara un riesgo innecesario.

La literatura, tal como la conocíamos, no existe.

Buscamos rastros. Nombres. Huellas.

Pero lo que encontramos fue peor que el olvido.

Gustave Flaubert es recordado apenas como un escritor
menor, un intento fallido de innovación. Edgar Allan
Poe murió en la pobreza, reducido a una nota al pie, más
relevante

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

por su decadencia que por su obra. Jorge Luis Borges –según documentos de un centro de estudios argentino– nunca trascendió su oficio de bibliotecario; murió ciego, rodeado de libros que nadie más consideró dignos de ser leídos. Julio Cortázar jamás escribió Rayuela. Fue profesor, sí, pero su vida terminó sin ruptura, sin salto, sin juego.

Incluso en Chile –territorio que en nuestra memoria estaba lleno de poetas– el paisaje es otro. Vicente Huidobro nunca desafió nada: fue un terrateniente más, cómodo en su linaje. Gabriela Mistral enseñó toda su vida en escuelas primarias, marcada por prejuicios que jamás se transformaron en poesía. Y Pablo Neruda.. Neruda no escribió. Es un hombre de mar, un bebedor de cantinas, alguien que observa el horizonte como si buscara palabras que nunca aprendió a decir.

Todo aquello que alguna vez fue lenguaje, metáfora, delirio.. se ha extinguido.

Las ciencias lo han ocupado todo. Las matemáticas ordenan el mundo con precisión absoluta. No hay espacio para lo incierto, para lo absurdo, para lo humano en su desborde.

Dios ha desaparecido.

Y con él, el verbo.

Entonces entendimos, demasiado tarde, que no habíamos curado nada.

Habíamos amputado el alma.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

Cortinas
de piel

de
Tomás Ferretti

DESILUSTRADOS

Hay gente que te puede hablar del insomnio. Hay abundante contenido escrito al respecto, pocas veces por quienes lo padecen. Yo ahora, evitaré esa senda, a pies descalzos y un comienzo con los ojos bajo el antifaz rojo intenso, porque escribo narcotizado con lo que acepté, que ni sé qué fue.

Mi cuerpo está tambaleante, descompuesto y me tropiezo con el vacío al cándido intento de levantarme. Me cuesta un esfuerzo extra sostener el aparato en el que escribo, en horizontal para que lo mostrado se vea más grande, intentando conciliar el sueño cuando ya pasó la hora de la vigilia.

En estas condiciones, nada de lo que digas es válido. Nada de lo que creas, es válido. El insomnio crónico es como una tortura invisible y despiadada. En ninguna época posible, alguien comprenderá tu transcurrir nocturno sin sueño, por muchos prejuicios banales que arrojen los comunes en tertulias de sobremesa sobre esta inclemente afectación. Son días completos, apagados.

Afuera llueve y suele ser un factor agradable en estos casos. Es verano. Es relajante. Es bueno que llueva en esta zona de lagos y volcanes. La tierra lo agradece.

Escucho caer el agua a mi alrededor y gotas caen decididas desde la corniza de la techumbre. Es una casa grande, a la que ya no le encuentro proporción. A veces las gotas cesan. Sucede e internalizo que ha dejado de llover y esos ciclos los uso como temporizadores. En la pantalla del dispositivo, que se me hace pesado y cargante, veo los números. Muevo el dedo escurridizo, buscando las letras que se sobreponen al centelleo de la pantalla y no logro identificar siluetas de la manera correcta. Es un estado extraño y ajeno a uno el del insomnio y con fármacos encima, dudas del efecto sobre qué sistema corporal estás afectando.

No sé si soy menos tras noches sin dormir. Sé que vivo en esta lucha permanente decorada de amaneceres que los otros parecen disfrutar. En realidad, no lucho contra el insomnio, tal que no existe como ente, sin embargo, intento que esta fuerza tampoco sea superior a mi.

He sido derrotado en esa batalla.

Ahora escribo en un estado ido e impropio. Las cortinas de piel quisieran caer y olvidar naufragios mentales. Busco forzar ese blanco, como ese ideal de meta impuesta. Es insuficiente. Mis esfuerzos para conseguir dormir, no cubren el impedimento. Jamás lo serán.

Durante las horas transcurridas que no regresarán, comienzan los actos desesperados. Esa noche, se vive como una última noche.

Si alguien no duerme un día, ya está y pasa, como pincharse un dedo con una espina, brota la sangre y te sorprende la concentración de ese rojo y ese día no te sientes tan bien. Al siguiente se te olvida. Es distinto. La sombra del no sueño adorna la gran escena de tu vida, ya no es una noche. Ya no es un pinchazo. Son noches seguidas. Semanas sufrientes. Meses extenuantes y años malditos. Una continuidad que te transporta en cada ocasión a una nueva sala de tortura cuando llega la hora de poner la cabeza en la almohada. Mientras piensas que esto en algún punto debe acabar, más se extiende, tanto esa noche puntual en la que estás, como la mirada elevada con perspectiva que aplicas en la jornada diurna al problema. Así funciona, entre lo que no se nota. Soy un experto en no dormir y afirmo que la clave es no pensar en dormir como un acto deliberado para dejarlo decantar con la respiración. Lo sé de razón, igual en esa partida pierdo. Soy como un experto por contrarios.

Vuelve la lluvia y la siento venir. Un elemento que cae sobre esta estructura que me protege. Probé su sabor antes de acostarme y una gota individual congratuló a mi lengua de frescura superior. Somos seres de agua y el agua temible es.

La noche en la que estás, se vuelve un pasadizo que se va cerrando y del que no puedes salir. Las gotas vuelven a caer.

Mi primera violencia desesperada es un puñetazo a la pared que surge impotente. Duelen los nudillos por el impacto a la textura del alerce y lo hago inconsciente, con el consuelo reconocido de que el dolor momentáneo desvía la atención. Suelo pensar que tendré daño en la mano tras acometer el golpe y pienso que el daño me dará carácter.

Eso no acontece.

Esa desesperación que te impulsa a golpear es tan vívida, que sorprende, a que si sobrevivo a esta noche, no dejará marcas visibles. Es algo decepcionante. El tránsito insómnico desaparece en un mañana venidera y la desesperación se esconde tras el engaño de una realidad.

Las horas transcurren. Intentas poner de tu parte como una voluntad necesaria. La mente vacía. Nada de planes inconclusos ni pendientes rondando. Respiración amplia y profunda. Has aprendido de aquello. La noche te ha enseñado a vivir en negro.

Te acomodas del lado hacia un lado. Metes la mano derecha entre las telas de la almohada y sientes la materia dócil que parece dispuesta a dormirse contigo, que quizás se amilana para burlarse de ti. Piensas si estas cómodo y lo estás.

El pensamiento pasa pronto, eventualmente. El tiempo, transcurre.

Te das otra vuelta a ver si el otro lado es favorable. Esta vez metes la otra mano abajo de la almohada y sientes las facciones de tu cara entre el relleno que contiene. Únicas e irrepetibles, cualquier rostro tiene un cariz peculiar, que en lo personal, se me hace de una diversidad excitante. El pensamiento es de un jolgorio fantasma, el cuerpo no se rinde.

De nuevo doy vuelta y otra. Ya llevo un par de horas. Siento un calor asfixiante. Afuera llueve, el agua es vital y todo alrededor es verde. Que llueva es bueno en lo social, porque no tengo que presentarme responsablemente al compartir con personas, que yo veo y prejuicio como un motor imprescindible que activa los deseos a los que no son yo. Cada contacto humano se me hace cada vez y por sobre los afectos, insoportable cargando con la oscuridad auestas. La voces agudas se hacen atronadoras y replican como piquetas contra el mineral deseado que es la lucidez.

Tras más horas, comienzan los segundos auto ataques. Dudé acaso si golpearme es un acto posible y menos en supuesta consciencia, pero ahí, recién desdoblado, me vi pegándome cachetazos y combos en ese rostro que poseo y que inexplicablemente, maltrato en mis tormentos nocturnos.

El horario te persigue como una bestia al acecho y rehuyes ese aliento a normalidad desconocida. La hora la ves como símbolos informativos de un mundo en el que nunca podrás desenvolverte de la manera correcta, por más presión que te metan y no importando desde qué lado lo hagan. Ahí lo evitas con la mirada, porque si algo te enseña el insomnio, es que el tiempo pasa si vives, es solo que en esos estados en que la linda noche nos muestra esas bellezas brillantes en el firmamento, el tiempo pasa con exasperante lentitud, como una gradualidad en lo gradual que trona dentro de ti.

Pasan las horas y la lluvia viene y se va. Estás narcotizado y tu cuerpo se siente raro. La mente tiene este asunto del que decir y la pulsión es imperativa. Yo transporto esa intención mayor a mi. Intento traducirla a una concepción abstracta, comprendiendo que es una intención más bien para persuadir.

Luego de golpearme brutalmente y sorprendido de hacerlo, me tiro los dedos con mis dedos y aprieto, como si pudiera estirarlos y amarrarme con ellos para empaquetarme en un cautiverio indefinido e hibernar. Y no tener que estar, si estar es asfixiante.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

Una persona con sueño plácido no entenderá como funciona esta mecánica orgánica ni los brotes que provoca. Lo ven como si fuera un mal hábito que hay que corregir. Higiene. Cansar el cuerpo. Pautearse. Afirmo que no hay nada rutinario ni eficiente que corregir. Dormir es normal por naturaleza. Una necesidad biológica y anatómica.

Ya no caen gotas. Han transcurrido varias horas. Vuelves a intentarlo una vez más. Me paro, camino erguido y recuerdo la pastilla que acepté y ya en un estado somnoliento, ingerí de forma tardía por recomendaciones de personas que no experimentan el cruce a este lúgubre túnel.

Sé que ha pasado tiempo aunque no lo llevo. Evito mirar el reloj y comprobar mis cálculos temporales, que suelen ser certeros y me enrabio por el buen cálculo, porque suele ser peor de lo que debería ser. Sé que ha pasado tiempo y más sé que es hora de dormir.

Muevo los pies y aprieto uno en el otro como un masaje regalado para las extremidades. La piel afloja la tensión entre las sábanas y es un movimiento automatizado, ridículamente exasperante y que no puedo dejar de hacer, pero mi cuerpo lo hace.

Me giro de nuevo al lado. Es el lado en el que la mano derecha acaricia el relleno grumoso. Por un instante pienso que yo ya estuve ahí y percibí este tacto acompañado de un olor personal que muta con los años, en tanto que tú acompañado de tu nostalgia, extrañas el de tu mollera. La memoria muscular reconoce curvas que se moldean a mi figura. Siento, como si no estuviera o no fuera. Que si estoy. Siento a mi corazón bombear la sangre fuerte con intensidad salvaje. Siento.

Giro y me estanco con la frente hacia lo alto. No miro porque está oscuro y yo sé lo que hay arriba mío. En un intento más, quizás termine este pasaje, como al prisionero liberado o el tipo colgante de una horca, que ya no siente culpa siendo un cadáver.

Me pica el cuerpo completo, como con caprichos zonales. Me cuesta respirar en este trance y respiro por la boca, dejándome la garganta áspera por el aire seco y el paladar con sabor a aluminio, que detesto. Cada vez que el sol se esconde, mi nariz se llena de mucosa que obstruye el paso del aire renovador. Doy uno de esos soplidos exagerados y sonoros que dan la sensación de haber vaciado tu cuerpo del oxígeno acumulado y clamor por más. Respiras lento. En un instante efímero, piensas que eso funcionará. Sientes el rostro aquejado. Piensas que es un dilema confuso y el entuerto acabará. Una expectativa a que las cortinas bajen.

La lluvia no vuelve y al contrario, vuelan pájaros que anticipan el porvenir. Estoy congelado, como nada que exista en este momento. Como un inmortal en un ataúd. Luego ya no piensas. Ni piensas que piensas. Estás y esperas desfallecer como esas plantas inteligentes que al atardecer esconden los hermosos pétalos de su flor. E imaginas ese flujo, en etapas. El sol.

A veces piensas que el pensamiento se arranca de tu mente hasta silenciarse. Yo soy tozudo y lo persigo. Proyectas, la cosa suele terminar en descanso. No hoy. No en este estado narcotizado que hace que me sienta un extraño a mi cuerpo y en él.

Ya no leo bien los caracteres en la pantalla y se mezclan. Los ojos agotados aflojan el impulso avasallador del mensaje que surge.

Pasa más tiempo y vuelvo a cambiarme de lado. La luz ha cambiado afuera. En una seguidilla de minutos, me paso de un lado al otro. A un lado sintiendo las facciones únicas de mi cara y al otro, la suavidad de las telas. Cada vez siento el relleno más exiguo, como si me lo estuvieran arrebatando desde el otro extremo.

Mientras doy vueltas, en ese instante pienso en una cuestión que olvidé. El agua dejó de caer y enseguida yo debería caer, siguiéndola.

Estuve a punto y no lo logré.

Me senté en la cama, con el cuello flojo y me volví a abofetear. Con fuerza desmedida y deseo suplicante. Me llega a doler la palma incriminatoria de la violencia. Mis mejillas no dan tregua al decaimiento gratuito. Estoy desesperado. El tiempo se disuelve en sí mismo. Las noches pasan, no se suceden. Son como bloques modulares que se ajustan intercalados en la memoria. Me quejo conmigo y me añoro de buen ánimo. Proyecto una sonrisa, no alcanza a instalarse. Rechino lamentos pidiendo un término.

Estas noches las sientes como una nube sombría que pesa y hacen de tu cuerpo uno aún más errático y dificultoso. Esta vez, esta noche, con los dientes marcados en el antebrazo como huella animal y primitiva de la desesperación dominante. Entremedio sudas y botas. Y te hueles y no hueles. O ese olor se te hace distinto.

Han pasado horas y esta noche, que es todas esas noches y ya no está oscuro, me avisa un término. La entrega cede. Las resistencias ceden. La entrega y la resistencia ceden, hasta que dejas el aparato lejos de tu alcance y con tu ojos extraviados, cierras ambas cortinas de piel.

Cristo
de Mayo

de Cristóbal Araya

DESILUSTRADOS

Mi madre, molesta, me tira del brazo mientras bajamos de prisa por el paseo Estado. Siempre se enoja cuando vamos a misa. El cielo está nublado y amenaza lluvia. Cuando llegamos a la Iglesia de las Agustinas da un suspiro, pero no de alivio.

Sus muros manchados por la humedad, como si una sangre negra escurriera por ellos. Afuera, una vieja ciega vende velas, con un vasito en el suelo colectando monedas sucias. Suplica miserias, grita dolores. Intenta ofrecernos algo pero mi madre la aparta de mi como quien aparta un perro sucio.

Las puertas del templo se abren como dos fauces que me engullen. Candelabros que no logran alejar la oscuridad. El olor de las rosas a medio podrir inunda mi nariz, como si viniera de todas partes.

Mis dedos recorren una fuente de mármol que contiene el agua bendita. Un delgado limo llega hasta sus bordes. ¿Cuántas manos, cuántas lágrimas habrán pasado por aquí? Mareo y asco reptan por mi garganta.

Arriba pequeños cuadritos relatan la vía dolorosa. Un carrusel de torturas, de látigos y lamentos. Un hombre destrozado carga un madero, rodeado de gente que busca su muerte. El hombre cae tres veces, y tres veces es azotado. Tres soldados con aceros lo retienen y tres clavos destrozan su carne.

Sigo el recorrido ciego y solo me concentro en seguir la espalda de mi madre. "No debo perderme, no debo perderme".

Mis manos se aferran a los pies de un santo anónimo, las pétreas uñas carcomidas por los suplicantes. A su izquierda, entre las sombras, la placa de un muerto que olvidaron entre las paredes y que ahora me acompaña en mi prisión.

Santa Rita es nuestra segunda parada, la favorita de mi madre. Sus ojos sangran, sus manos hinchadas de dolor y miseria en tanto se entrega absoluta a la deidad. Sufre por su marido y por sus hijos, me dicen. Mi madre llora con ella en silencio, sus manos tapando su boca, susurrando palabras que no alcanzo a oír.

A su derecha, San Sebastián, patrono de los perseguidos. Atado a un árbol, lleno de flechas. La sangre corre libre por sus heridas y nutre el árbol que es su verdugo. Un anciano reza y se clava las uñas entre sus dedos. "Mi hijito " susurra. "Mi hijito".

Busco a mi madre, que se ha perdido entre los fantasmas. Miro desesperado a izquierda y derecha, pero no hay más que anonimato y oscuridad. Solo me queda una luz desde lo profundo.

Me acerco tembloroso a la tarima. Me siento tan pequeño ante la inmensidad de la catedral. Arriba las únicas luces solares que logran penetrar los ventanales iluminan a la divinidad. Un Cristo alzado sobre el altar, clavado al madero de su tortura y sacrificio. Un trapo apenas cubriendo su desnudez.

En su cuello reposa la corona de espinos que es muy pequeña para pasar por su cabeza. Unos dicen que es un milagro, pero para mi solo es una señal ominosa y que llama la catástrofe.

Clavos desgarran sus palmas y paños ensangrentados le atan las muñecas. Su rostro atrapado en un dolor infinito, mirando al cielo suplicante por el fin de la miseria. Pero el fin no llega y la agonía es el retrato.

Apreto mis puños buscando el dolor, estiro mi espalda y cierro mis ojos.

¿Es esto rezar?

Una mano me sacude con fuerza, mi madre me grita en un susurro. "No hagas tonteras". Me llevó a la salida en rápidas zancadas, cuando salimos del templo ya estaba lloviendo.

Mermas

de Felipe Pastén

DESILUSTRADOS

“OK, lo voy a buscar, gracias”, le escribí por Instagram. No pretendía que esto fuera un interrogatorio. Ni siquiera cuando finalizó. Yo solo fui por mi pedido. Hace rato no encontraba libros tan baratos... A excepción de una tía que se ganó', cierta vez (sigue ahí), con una camioneta repleta de “mermas” originales, a tres lucas por libro, en un metro de la gran capital, en la comuna de Estación Central. Los motivos para no puntualizar más datos son obvios (también se pone cerca de la Diego Portales).

Pero volviendo al “retiro en tienda”, esta sociedad en cuestión, la descubrí en Instagram. Su oferta es difícil de evadir. libros entre 5 y 7 lucas, materiales sustentables, y un romántico color terroso, al estilo antiguo. Asceta es una editorial que se labró en la cuneta. Se dedica a los clásicos de la filosofía y las ciencias sociales; especial colección en literatura anarquista.

Su modelo de trabajo es ensamblar el libro durante 10 días hábiles y luego la entrega. ¿Qué pedí? “Modernidad Líquida”, “Amor líquido” y “Nuevos consumidores”, de Zigmunt Bauman. Hace unos meses vengo rayando con todo “lo líquido” que plantea el suizo. Las grandes ideas duran meses, los relatos ya son humo (no los cuentos, sino los grandes relatos) y la sensación de crisis es constante: salimos de una, entramos en otra. Pero yo me siento contento de poder ahondar en la reflexión a un módico precio, como dicen en la micro, cuando me venden Super 8, energéticas o agujas “de ciego” (hace tiempo no veo agujas “de ciego”).

Pero ¿Quién está detrás de esto? ¿Quién compone esta mafia de títulos con derechos liberados por antigüedad, y que se desliza por los márgenes de la legalidad? (como dijeran las franjas policiales de antaño). Tiene que haber una o más personas detrás.

Me atiende el cabecilla de la banda.

Llego a la puerta del refugio, en esos pasajes cercanos a la Avenida Matta. Honestamente, me imaginaba un edificio con un logo gigante afuera, una recepción y alguien pidiéndome identificación u hora de cita. Nada de eso. Es una casa, pareada y con pintura blanco hueso, como roseada del smog que se concentra en esta parte de Santiago y tiñe todo de una película vejentosa. La puerta está reforzada con una reja, también pintada de blanco. Abren la puerta, sale un hombre de unos 34 años, me saluda por mi nombre. Avisé por Insta que iba en camino, y por correo el día anterior, que iría en busca del pedido “tanto-tanto”.

—Dame unos segundos, te traigo el pedido.

—Gracias—le dije. Entra y deja la puerta junta.

—Disculpa que me demore un poco, no quiero que se me escape la gatita— dice desde adentro.

—No hay problema, gracias— le digo (es muy millennial dar las gracias como ochenta veces por acción).

Llega en bicicleta una chica para buscar otro pedido. El sujeto de chaleco verde palta, bien oscuro, sale de nuevo y me entrega una bolsa de papel craft, que contiene mis libros. Tiene una etiqueta blanca, corcheteada. Tiene mi nombre y número de pedido. ¡Hay dedicación en esto! La chica en bicicleta confirma conmigo si es el lugar de la editorial, con la misma extrañeza que sentí al principio. El sujeto del chaleco verde palta sale nuevamente para llamar a la chica por su nombre (Paula, si no recuerdo mal), entra unos segundos y le dice de nuevo que disculpe, que la gatita no se puede arrancar a esa hora. Sale con otra bolsa de papel craft y recuerdo los mejores días de disertación en la básica. Paula da las gracias, se despide de mí, incluso, y retoma el pedaleo. Yo me quedo.

—Me dijeron por Insta que hay una merma que podría revisar, como para llevar algo más, aunque sé que todo es por pedido. ¿Se podrá llevar algo? - Le digo.

“Azzaro, The Most Wanted Parfum, 150ml, 60k. Precio irrepetible”, me notifica el celular.

Entrevistas
Editoriales

DESILUSTRADOS

- revista literaria -



Daniel Campusano

Editor La Pollera

¿Qué hace que un texto sea publicable?

En primer lugar, la voz y la originalidad. Originalidad no la entendemos como algo absolutamente nuevo, germinado, como nunca antes, sino como una propuesta estética y creativa en el enfoque del tema. Y eso corre tanto para una historia de ficción como para un texto de no ficción sobre un tema específico que no sea wikipédico, que no solo entregue información, sino que el autor tenga una identidad sobre cómo administrar esa información y cómo expresarla.

¿Existe un criterio único o cambia según género, autor o momento?

Según el momento, sobre todo, según los contextos. Separan generalmente las líneas de no ficción, que es una gran parte de lo que hacemos. Por supuesto que sí hay una pandemia, un estallido social, una convención, una guerra en Irán, emergencias bélicas o problemas sociopolíticos de cualquier índole, eso va a marcar la aguja y vamos a intentar cubrirlo. Así lo hemos hecho desde inteligencia artificial, derechos humanos, derechos de género. Y estamos, por supuesto, permanentemente con una alerta para identificar dónde se está moviendo el mundo y, a la vez, haciendo un comparativo de cómo a lo largo del mundo se ha tratado este tema a nivel editorial, para no hacer un libro repetido de otro idioma.

¿Hay autores buenos que no calzan con la editorial aunque reconozcan la calidad de su escritura?

Sí, de todas maneras. Primero hay que entender que cualquier editorial tiene un ADN. ¿Qué significa el ADN en palabras simples? Son los lineamientos identitarios, o lineamientos de identidad para que no suene tan conceptual, que busca y hacen distinguible a La Pollera entre otros colegas. Cada gran editorial tiene un ADN. Tú puedes tomar cualquier editorial que leas y decir: este libro es muy de esta, este libro es muy de esta otra. Es verdad que hay obras que pueden estar en muchísimas editoriales, pero finalmente, cuando tú ves un corpus de 15 o 20 libros de la misma editorial, puedes terminar inclinándote porque, por ejemplo, esa novela sea un poco más La Pollera que otra. Y ahí, obviamente, hay textos tremendamente valiosos, pero que no se adecuan a la forma de presentarlos. Y esto es súper fácil de ejemplificar en no ficción nuevamente. Hay temas divulgativos muy cargados a lo académico, a lo técnico, que son tremendamente interesantes, pero no para el público al que nosotros aspiramos. Nosotros queremos divulgar y llegar a personas que puedan leer el texto sin información previa, y hay grandes libros que exigen bastante información antes de leerlos.

¿El límite de intervenir un texto cambia según el autor?

El autor entrega algo y el editor puede ver potencialmente una buena idea que debe ser conducida de manera distinta. La pregunta es si vale la pena cambiar mucho la esencia de ese autor: generalmente no. Pero ocurre muchas veces que el autor, sobre todo en campos de no ficción, y también en ficción, te pide; por favor, tu discernimiento y que intervengas. La verdad es que no existe tanto esta figura hollywoodense de la resistencia entre el autor que se enoja porque el editor le va a quitar cosas; siempre es un poco más cooperativo. ¿Qué límite hay? Me imagino que conoces el caso de Gordon Lish con Carver, todos los prototipos de editores que han tijereteado bastante en la obra y que finalmente han cambiado un poco la dirección o el estilo de su relato. Insisto: es, por lo general, con sentido, y muchas decisiones habrán tenido su razón en el tiempo; otras se habrán equivocado.

¿Se juzga más a un editor por lo que acepta
o por lo que rechaza?

Es bonito el concepto de que cuando el editor se retira está más orgulloso de lo que ha rechazado que de lo que ha aceptado. Es difícil esta pregunta y es muy larga, pero los editores a veces no trabajamos con lo que nosotros leeríamos ni publicaríamos necesariamente. Yo he trabajado muchos años, por ejemplo, editando literatura comercial o literatura destinada a la autoayuda, literatura hecha para un público no lector que quiere adquirir conocimiento, por ejemplo, en temas como finanzas. Cosas que, sin juicio, están súper lejanas a mi interés. Y aunque tenga la novela más comercial o elemental del mundo, que no me interesa en lo absoluto, por supuesto que tu trabajo es dejarla lo más coherente y consistente según el estilo, la voz y lo que se quiere transmitir.

¿Qué libros defendieron internamente,
aunque parecía inviable?

No sé si tan de eso, sobre todo cuando uno quiere reeditar algo, quiere reeditar un texto histórico. Ahora en mayo estamos sacando Los psicópatas de Viña del Mar, que es como un clásico de Adolfo Alcalde, publicado originalmente en tres partes en 1985. Para llegar a ese tipo de revisiones es un camino súper largo, porque incluye negociaciones con la sucesión hereditaria y también ver qué es lo que está sobreviviendo en el tiempo y de qué manera sería atractivo ver una historia así hoy. Generalmente, todos los trabajos de revisión de obras, más canónicas o escondidas, requieren mucho trabajo sin pelota, como se dice en el fútbol. No solamente el texto, sino mucha coordinación y conciliación de intereses.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

ENTREVISTA

En el trabajo cotidiano de la editorial, ¿qué etapas concentran más tiempo y energía?

En esta editorial, y en las que he trabajado, he tenido la suerte de trabajar con un equipo de diseño, un equipo de producción, y un equipo de circulación, que es la distribuidora con quien haces la alianza. En este caso, nosotros trabajamos con la distribuidora Vicsur, una de las más grandes de Sudamérica, así que las reuniones son con ellos, y ellos son los expertos en circulación. Hay mucho tecnicismo, mucha materia sobre la colocación del libro y la distribución, que no es tan azarosa, y un editor no tiene por qué saber tanto; a lo largo del tiempo aprende, pero hay especialistas en eso. En diseño siempre uno está mancomunado, conectándose, tejiendo, pero finalmente el arte de un libro depende sobre todo de la línea editorial conjunta y hay estamentos que mandan. En el fondo, el diseñador tiene la creatividad de proponerte algo, y cuando coincidimos en los criterios, se vuelve a una tercera vía; de repente hay un arbitrio ahí, pero todo es trabajo precarizado. Todos trabajan enormemente, te diría. Muchas veces todos tenemos otras pegas con qué sustentarnos, así que cada tiempo dura bastante. Y hay libros que son tremendamente más exigentes que otros, no solo por la extensión, sino por la calidad del mensaje que se busca cuidar o entregar.

Hay libros buenos, que aportan al ecosistema y deben ser publicados, ¿pero hay libros buenos sin lectores?

Por supuesto, y basta con recorrer una librería, o estar atento: cada cierto tiempo salen libros que, cuando visitamos ferias literarias, nos damos cuenta de que el libro más peleado por ciertas editoriales es una novela de la década de los cuarenta que en un momento nadie advirtió. Bonito el caso de Stoner, que se ha transformado en uno de los libros más vendidos de Latinoamérica y estuvo prácticamente cincuenta años con una circulación mínima. Hay mucho revival, pero también revival de libros que son una joya y que por alguna razón, en su contexto, en su época, no se pudieron realizar, ya sea por derechos de traducción o por editoriales con menos resonancia. Pero uno confía en que siempre los grandes libros encuentran un lugar en el espacio. Y eso también te dice que hay que estar súper atento a los cantos o gritos de sirena. De repente el marketing quiere poner todos los días un libro espectacular, o el libro del año, o el de la década, y al final el único árbitro es el tiempo.

¿A qué lectores quieres llegar y también qué le quieres decir a esos lectores?

Son cosas que parecen muy obvias, muy tontas, pero tienen un millón de profundidades que uno nunca termina de entender. Y agregarle a esas dos preguntas hasta dónde podría ampliarme. Uno siempre está probando caminos nuevos. No es que uno tenga este ADN y este norte en piedra y no me voy a mover de ahí. No, uno siempre está probando líneas nuevas. ¿Qué pasa si este libro, que no lo veo tan en La Pollera, me atrevo a publicarlo y comienzo una línea nueva y publico libros similares? Nada está en piedra, todo es dúctil y finalmente prima la calidad y los libros que tú crees que interpelan a tu propio proyecto y también a los lectores que he conocido, en nuestro caso, por 12 o 15 años. De repente hay manuscritos que encontramos y decimos inmediatamente que este manuscrito, si se trabaja, si se hace una edición responsable y de hartos tiempos, puede llegar a transformarse.

¿Qué consejo daría a quienes quieren emprender en el mundo editorial?

Hay muchos manuscritos con los que uno se encuentra y tiene la certeza de que si se trabajan, si se hace un camino largo, se podrían transformar en libros que nuestros lectores, que ya conocemos hace bastantes años, van a poder apreciar, qué pueden hacer comparativos con otras obras nuestras publicadas, etcétera. Así que, y el consejo, bueno, también, como decía Mario Muchnik, ¿no? Nunca alejarse de la calculadora, no parecer frío en eso, tener los pies totalmente, más que en la tierra, atreverse a tenerlos en el barro. A veces parece que no avanzas, pero lentamente salen los rayos por ahí y lo único en que tenéis que confiar es en qué estáis haciendo un buen trabajo, no apurado, y formando más que un libro. O sea, de repente te encuentras con un libro y querías hacer una editorial para publicar ese libro, pero a ese libro hay que acompañarlo y hay que hacerle un catálogo. Y ese catálogo tiene que estar en consonancia con ese libro. Y lo único que te puede mover es la calidad con que tú te encuentres. Lo importante es trabajar y trabajar y trabajar, y leer y leer y leer. Está lleno de cientos y cientos de manuscritos que llegan y rápidamente se entiende que son personas que no han tenido la oportunidad o no han querido leer. Es un refrito de lugares comunes o de voces que pretenden ser originales y eso, más que un juicio de valor, es entender que por alguna razón está lleno de escritores que escriben más de lo que leen, y la ecuación natural sería lo contrario. Así que si quieren hacer una editorial, primero pónganse en Google, pónganse en las redes sociales, naveguen y naveguen, busquen proyectos que les parezcan atractivos, pregúntense qué libro. Lleguen a una editorial, pregúntense cuál es su ADN; lleguen a otra, pregúntense cuál es su ADN, en qué se diferencia una de la otra, hagan mapas, dibujen un cuaderno, qué editorial publicaría otro libro y finalmente decidan qué libro podría ser. Y nunca está de más ver los grupos transnacionales: Planeta, Penguin Random House, meterse a sus páginas; ellos tienen todo publicado en sus plataformas. Es fácil porque están divididos, son 33 o 35 sellos cada uno, y ahí pueden ir viendo las diferencias de libros que van publicando esos sellos. Pero consejos así: leer, leer, estudiar y atreverse a equivocarse. Y nunca pensar en un libro, sino, ojalá, en más de tres.



Ismael Rivera

Editorial Oxímoron

¿Qué tipo de libros sienten que hacen falta hoy en Chile y que ustedes buscan publicar?

Más que pensar qué libros sentimos que faltan hoy en Chile y que buscamos publicar, creo que tiene que ver con las distintas colecciones que tenemos y cómo cada una responde a algo específico.

En el caso de la colección de poesía, por ejemplo, entendiendo que hay varias editoriales que publican poesía, lo que buscamos es dar cuenta de que no existe una sola forma de hacer poesía en Chile en este momento. Más allá de ciertas tendencias que están más de moda, nos interesa mostrar que hay otras formas, estilos y voces dentro de la poesía chilena. Entonces, buscamos textos que se salgan un poco de lo que está en tendencia dentro de la poesía contemporánea.

En el caso de narrativa, buscamos textos que sean arriesgados. Ojalá, aunque no es un requisito, que también sean experimentales y que tengan una visión crítica, que aporten a una discusión sobre nuestra sociedad.

En el caso del teatro, ahí sí sentíamos que había una falta. No se estaba publicando dramaturgia chilena contemporánea, salvo algunos casos aislados. No había una editorial que tuviera una colección dedicada a la dramaturgia ni que diera la posibilidad de fijar esos textos o abrir nuevas posibilidades escénicas. Sentíamos que se estaba haciendo muy buen teatro en Chile, pero esas obras se perdían en el tiempo una vez que dejaban de montarse.

Por eso, más que pensar en lo que falta en Chile, cada colección responde a su propio motivo dentro del catálogo de la editorial.

¿Cómo saben cuando un manuscrito no es solo un buen texto, sino un libro que vale la pena publicar?

Siento que hay algo que, primero, te toca desde lo sensible. El texto remueve algo. Ya sea porque te hace reflexionar o porque gatilla pensamientos, incluso porque te emociona. Hay textos que dan ganas de llorar. Te sacuden.

Cuando uno no sale incólume de un texto, ahí hay algo. Esos son los textos que, aunque todavía puedan trabajarse, aunque les falte pulir ciertas cosas o sacarles más brillo, ya contienen lo principal.

Lo fundamental es esa sensación, eso que pasa en el cuerpo al momento de leer un buen texto.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

¿Qué consejo le darían a un escritor que quiere publicar su primera novela en Chile?

Que la comparta primero con un grupo reducido de lectores, pueden ser cinco o diez personas de su confianza. Que la pruebe con gente cercana, que escuche los comentarios, que no se cierre a esas primeras lecturas, aunque sean de personas que no necesariamente sepan de literatura. No importa eso.

La maravilla de los libros es que, una vez que se publican, uno no sabe a manos de quiénes llegan. Y eso es justamente lo lindo de hacer literatura.

Que no se depriman si no les reciben los manuscritos. Les recomendaría ir a ferias, conocer los catálogos, leer editoriales independientes, que son donde después van a tocar puertas para publicar.

Creo que es muy distinto cuando un autor te escribe y te dice: "quiero publicar con esta editorial porque leí tal libro y mi novela dialoga con ese catálogo por esto y esto otro", a esos correos tipo que uno nota que fueron enviados a muchas editoriales al mismo tiempo.

Al momento de publicar, antes de enviar el manuscrito, un autor debe estudiar a las editoriales y definir una o dos a las cuales mandar. Tener claro por qué su obra cabe dentro de ese catálogo y demostrar ese conocimiento.

Eso puede romper la barrera del rechazo en la recepción de manuscritos.

Y seguir escribiendo. Si esa primera novela no resulta, no importa. Seguir escribiendo, tomar talleres, mantener la mano fresca.

Qué hace que un libro permanezca en el tiempo y no desaparezca después de su lanzamiento?

Ya desde ahí. El que hace que un libro permanezca en el tiempo y no sea el lanzamiento caro y aquí conecto, es esa primera instancia en la cual sirve mediáticamente para avisar que el libro ya está disponible. Pero ahí en lo que viene posterior a eso y que viene, por ejemplo, a través de trabajo de mediación con los libros de de estar metido en diferentes espacios como editoriales, eh, buscar. ¿En el caso de nosotros vamos afuera de las obras de teatro cuando se dan, eh, o nos metemos en algunos congresos, eh, o vamos a ferias que nos invitan, feria que estamos ojalá en regiones también desde la que se hace en la Plaza de Limache, eh? Hasta Puerto Varas, eh, más La Furia, etcétera no? ¿Eh? Y desde ahí es como, como, como vamos moviendo y ofreciendo nuestro catálogo bajo en en qué espacio, bibliotecas, postulaciones a a compras públicas, etcétera. En el fondo es, eh. ¿Todo eso hace que un libro permanezca en el tiempo, eh? Por supuesto que el conseguir reseñas y toda esa parte de prensa es una cosa, pero. Pero más allá de la prensa inicial que pueda tener un libro.

La permanencia se la dan los lectores. ¿El boca en boca, eh? ¿Y y el y sus posibilidades de seguir siendo leídos no? ¿A pesar de del de los contextos, eh y Y ahí tiene que ver también con la curatoría del catálogo, no? ¿Como a qué apostamos? ¿A a libros, eh? ¿Short seller que se le llaman como okay, muy muy atingente a un contexto específico, a una contingencia, pero que pasada esa contingencia, ese libro muere, no? Eh, Desde ahí, claro, nosotros apostamos también por temáticas que que trascienden lo contingente y se vuelven una reflexión que. ¿Que pasa, que que que que supera lo actual se vuelve actual cada vez que se revisa, eh? Y eso es importante también para pensar nuestro catálogo. Sin duda. Es como que el aporte va desde ahí y por eso no está muy ligado al a lo necesariamente a lo comercial o a la o a la moda de turno, porque eso hace que se se vayan sacando libros más bien desechables que que perdurables en el tiempo.

¿Cómo deciden si un libro dialoga bien con su catálogo?

Primero, lo que revisamos para ver si un texto dialoga bien o no es a qué colección se adecúa y si el proyecto que se nos está ofreciendo está pensado para alguna de ellas.

Eso es lo primero. Luego, en el fondo, evaluamos si va en línea con los criterios que mencionaba antes: que asuma cierto riesgo estético, que tenga una postura, un lugar desde donde se dice lo que se dice.

Esto aplica a todas las colecciones, ya sean de ficción, ensayo, libro objeto o poesía.

Nos interesa una visión política de las cosas, una postura frente a ciertos temas. Estos pueden ser muy variados, no nos cerramos en ese sentido, pero sí buscamos que exista un punto de vista claro desde el cual se habla y se hace arte.

Desde su experiencia, ¿cómo entienden el libro más allá de su dimensión comercial, como un artefacto cultural dentro de la sociedad chilena?

Esta pregunta yo creo que es clave para definir nuestro catálogo.

Para nosotros, la dimensión comercial del libro en realidad no existe, o al menos no es nuestra prioridad. Entendemos el libro como un artefacto cultural fundamental para levantar, entender y transformar una sociedad.

La dimensión comercial está presente, claro, porque vendemos libros y hay una transacción. En este momento, la editorial subsiste, se sostiene a sí misma, pero no vivimos de ella. Tenemos otros trabajos, porque la editorial no alcanza para pagarnos un sueldo, a menos que subiéramos los precios de forma absurda, lo que iría en contra de nuestro interés principal: que los libros sean accesibles para todo tipo de público. Esa es, finalmente, una decisión política.

Entonces, aunque la dimensión comercial es importante para mantener la editorial, no es en ningún caso un criterio para publicar. No forma parte de los parámetros del catálogo.

En ese sentido, alguna vez reflexionábamos con Simón que todas las editoriales tienen lo que podríamos llamar un "fracaso literario" o "fracaso editorial": libros que uno publica sabiendo que no van a vender, pero que son necesarios dentro del catálogo.

Ese tipo de decisiones existen. Y a veces sorprenden, porque algunos de esos libros terminan funcionando bien con el tiempo. Pero ese es el riesgo que se asume.

¿Qué rol creen que cumple el libro en la construcción de memoria histórica y debate público en Chile?

En la construcción de memoria histórica y debate público en Chile, justamente así es como se construyen las sociedades: mirando hacia atrás y debatiendo acerca de lo que se quiere para el presente.

Siempre me gusta repetir esto. Lo he dicho antes: cuando las autoridades, durante la revuelta de octubre de 2019, decían que no lo vieron venir, se notaba que no leían, que no escuchaban música, que no iban al teatro. Porque todo lo indicaba. Bastaba tener un mínimo contacto con la cultura para darse cuenta de que sí se venía.

Desde ahí, la cultura y el libro, como parte de esa red cultural, son los que tejen memoria, reflexiones y miradas críticas.

Eso es lo que permite construir una sociedad mejor, básicamente.

**¿Qué criterios culturales,
además de los literarios,
influyen en la decisión
de publicar un libro?**

El criterio cultural más importante para ser publicado en la editorial es que no se acepte ningún discurso de odio.

Ese sería, básicamente, el único límite claro. En el resto somos bastante amplios.

También nos interesa mucho la concordancia entre forma y fondo. No solo importa el discurso, sino también la manera en que ese discurso se presenta.

Ahí está lo interesante del arte de la literatura.

**¿Qué importancia tiene para ustedes
que un libro genere discusión
o incomodidad?**

Es importante que un libro genere discusión e incomode. Creemos que la literatura está para eso.

Pero también nos importa desde dónde se genera esa discusión y esa incomodidad. Por ejemplo, un texto inherentemente fascista no va a ser aceptado, a pesar de que podría generar discusión o incomodar.

En el fondo, importa a costa de quién se genera esa incomodidad. No nos interesa eso. Sí nos interesa incomodar al poder.

Entonces, sí, tiene importancia, pero desde qué lugar. Con qué profundidad, con qué altura de miras se plantea esa discusión. Si va a incomodar por ser polemista o si va a incomodar por una propuesta estética disruptiva.

Son cosas distintas. Son criterios distintos de incomodidad y de generación de discusión.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

¿Qué consejo le darían a un escritor que quiere publicar su primera novela en Chile?

Que la comparta primero con un grupo reducido de lectores, pueden ser cinco o diez personas de su confianza. Que la pruebe con gente cercana, que escuche los comentarios, que no se cierre a esas primeras lecturas, aunque sean de personas que no necesariamente sepan de literatura. No importa eso.

La maravilla de los libros es que, una vez que se publican, uno no sabe a manos de quiénes llegan. Y eso es justamente lo lindo de hacer literatura.

Que no se depriman si no les reciben los manuscritos. Les recomendaría ir a ferias, conocer los catálogos, leer editoriales independientes, que son donde después van a tocar puertas para publicar.

Creo que es muy distinto cuando un autor te escribe y te dice: "quiero publicar con esta editorial porque leí tal libro y mi novela dialoga con ese catálogo por esto y esto otro", a esos correos tipo que uno nota que fueron enviados a muchas editoriales al mismo tiempo.

Al momento de publicar, antes de enviar el manuscrito, un autor debe estudiar a las editoriales y definir una o dos a las cuales mandar. Tener claro por qué su obra cabe dentro de ese catálogo y demostrar ese conocimiento.

Eso puede romper la barrera del rechazo en la recepción de manuscritos.

Y seguir escribiendo. Si esa primera novela no resulta, no importa. Seguir escribiendo, tomar talleres, mantener la mano fresca.

Convocatoria

desilustrados

REVISTA LITERARIA

М а р и ј а

de

M i k

DESILUSTRADOS

Río Sava, Belgrado, Serbia

Luego de correr tres cuadras bajo una espesa llovizna me agito más de lo que esperaba. Entre respiraciones entrecortadas me agarro de una baranda que da al río Sava, que, como cada noviembre, se nutre del agua que cae. ¡Que ironía! Para él, magnánimo y ruidoso reclama su derecho: colmarse de agua. Mientras que para mí esta lluvia es un intento de volver a la realidad. Pretendo que el ruido de la lluvia, que ya se hizo más copiosa, me devuelva el silencio, lave mis angustias y con suerte se lleve esa soledad que tanta culpa me genera. Quiero que esa agua que me recorre desde la frente logre devolverme algo de cordura.

Entre toda esta confusión; el agua es lo único que intenta, insistentemente, devolverme algo de realidad. Pasan casi 10 minutos en los que ansiosamente me tomo de esta baranda fría, y como una coreografía incesante, muevo mi cuerpo rítmicamente adelante y atrás. Los movimientos continúan, me tomo la cabeza de vez en cuando y sigo sin poder creer lo que hice. Trato de que el ruido invasivo, sórdido y omnipresente de ese proyectil, que disparé hacia tu pecho, desaparezca. Se lo lleve la lluvia. Pero no pasa.

De vez en cuando cierro los ojos, en un intento de frenar la realidad. Es ahí que le permito al ruido de la lluvia meterse en mis pensamientos. Intento dejar de ver los destellos de luces rojas sobre mis manos en estos gestos, pero no puedo.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

Tu rostro, tu última mirada. Casi que con ella pudieras pedirme perdón ante la amenaza cumplida. Lo único que me devuelve la existencia, a 20 minutos de haberte disparado, es el frío de lo empapado que esta lo que llevo puesto. Como un recordatorio inevitable de la humanidad que me recorre.

Es la soledad más devastadora y deseada que pude tener mientras me recorre el horror más profundo. Aún recuerdo la sensación del líquido carmín, tibio, emergiendo de tus ropas. Acá las luces de las marquesinas y mis manos lo saben. Es de noche; la noche. Te avisé. Prometí que no nos lastimarías más, a ella no. Prometí con toda mi alma que lo haría, tantos años soportando me anestesiaron y ya no me importa lo que me hagas. Pero, la idea de que puedas lastimarla me transformó. No sé cómo seguiré con nuestros 3 hijos pequeños esta vida. Pero seguro, sabrán que la próxima vez que un monstruo se les acerque tendrán quien los defienda. Que por más que existan niños que pronuncien la palabra papá no es suficiente para que lo seas. Así no, no quiero.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

El hombre
que desplumó
el sol

de
Omar Ochi

DESILUSTRADOS

Omar Ochi - Argentina

¿Conocés la historia del hombre que desplumó el sol? Yo tampoco. Por eso me atrevo a inventarla o, mejor dicho, recrearla (quizás hay vuelos similares en el libro de la vida).

Un tal Julián Sombra camina por las calles de Godoy Cruz con una sonrisa que alumbra las acuarelas de la ciudad. Un empresario pasa a su lado: «Qué tal, ¿ah? Nos ganamos la lotería hoy». También tropieza con una secretaria, quien no tarda en quemarse por dentro y confesarle lo que no piensa de él.

¿Certezas? ¿Prejuicios? ¿Contradicciones andantes? Vaya uno a saber. Lo cierto es que ambos personajes no imaginan que Julián Sombra acaba de perder su empleo de celador hace treinta y dos minutos. Sí, mil novecientos veinte segundos exactos desde que salió con la frente erguida del colegio donde sembró el amor de las últimas flores, pero no las flores, ni el jardín, ni la tierra alquilada.

«No es acá, Juli. Merecés algo mejor», le decían los estudiantes que nunca olvidarían la tarde en que les susurró que Dios los amaba mientras les servía la leche y las tortitas del día. Claro, eso decían aunque, en realidad, no abrieron la boca y contemplaron con tristeza la partida de un segundo papá (o el primero que llegaron a conocer).

DESILUSTRADOS

¿Y por qué son necesarias la sutileza y la redundancia? ¿Qué tienen que ver el desempleo, los pétalos de la inocencia y la etiqueta social con la imagen de un supuesto hombre que despluma el sol? Por ahí van los nuevos hilos. El tejido de los hechos nos sitúa en la misma escena, pero en un panorama diferente: el desdichado pero alegre humano camina por las calles del mundo con una sonrisa que alumbra las acuarelas de una ciudad donde hay alguien que no se anima a caminar, sonreír, iluminar cuadras que esperan el momento de volver a existir.

De hecho él se ríe de esa perspectiva: todo es oscuro aunque el sol del mediodía le picotea la nuca y canta una sinfonía que no se escucha con los oídos ni los ojos; se percibe construyendo el universo con un paso delante de otro. Entonces pasa frente al humano de traje y corbata y le enseña una pose de alas abiertas. Tropieza con la humana de camisa blanca y anteojos celestes que exclama: «¡Horror! ¡Eso sos!», y la ayuda a levantar dos libros de Ionesco simulando que aletea de rodillas. Avanza tres cuadras y encuentra a quien, de una forma u otra, debía encontrar.

No se conocen ni se habían visto. Sin embargo ambos esperaban cruzarse y saben lo que está por suceder: ella intentará reír para disimular sus muletas; él llorará con ella. Ella preguntará si los pájaros existen; él dejará de aletear, señalará el sol, lo tendrá en una mano, le arrancará dos, cuatro, ocho plumas imaginarias y pensará en voz alta: «¿No lo ves? La bola de fuego intenta ser un ave, y estas plumas y alas te pertenecen. Volvamos a volar. La ciudad no es el cielo pero puedo ver sus nubes debajo de nuestros pies».

La suerte
de la
flautista

de
Sylvette Cabrera Nieves

DESILUSTRADOS
- revista literaria -

«El silencio del envidioso está lleno de ruidos»

-Khalil Gibran.

Sylvette Cabrera Nieves- puertorriqueña

Desde que llegó al conservatorio, la aversión hacia ella era cada día más profunda, casi incontrolable e insufrible. Debía disimular esta energía que trastocaba las entrañas alterándome la paz. Esta nueva integrante de la Sinfónica hacía girar las cabezas de los músicos con su cadencia, ojazos verdes, y rostro angelical. Todos alababan su belleza y simpatía.

La prodigio, llegaba tarde al ensayo por tercera vez. La flautista manifestaba tener problemas con su vehículo, excusa perfecta para salir siempre airosa. Tenía a todos embrujados con su carita boba de "yo no fui". ¡Tonta, tontita, pero no tanto! ¡Por Dios! ¿Cómo no se dan cuenta la máscara de inocente que lleva puesta?

Entonces, estudié minuciosamente, como si fuera una nueva partitura, aquella oportunidad única, presentada por el destino, cónsona con mi oculto propósito y plan estratégico en marcha. Abriría el concierto de primavera con Frederic Chopin. Adagios, allegros, el Vals del Minuto y concluiría con la Mazurca, que tanto deleitaba a la audiencia.

Una sensación extraña invadía mi cuerpo mientras tocaba. Mis dedos cobraban vida, pero como ajenos a mí. Nadie lo percibía, pero el público ovacionaba enardecido como nunca lo había demostrado público alguno.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

Ciertamente, la ausencia de la prodigio era un misterio. Nadie volvió a tener noticias suyas desde el último ensayo. El director del conservatorio lucía nervioso y desencajado. Una vez finalizada la función y mientras el público desalojaba aquella inmensa sala, el violinista, compungido y lloroso fue el primero en divulgar lo acontecido mostrando su celular.

¡Ay, que mala suerte! Exclamé junto a un hondo suspiro.

Justo en ese instante se difundía, a través de las redes sociales y los medios, tan impactante:

¡Última hora! Interrumpimos, la programación regular, para notificar que aparece muerta dentro de su vehículo, en la carretera estatal, famosa flautista camino a su debut con la sinfónica. Se desconoce la causa o circunstancias del fallecimiento, ampliaremos más adelante. Manténgase conectado.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

El abandono .
de
Marta Monforte

DESILUSTRADOS
revista literaria

Marta Monforte - Argentina

Marisa llegó más tarde a su casa. Demasiado tránsito, demasiado cansada. Era viernes, era octubre y todo era una mierda. El olor a cloro le revolvió el estómago: su hija ya había llegado. Tenía que hablar con ella urgente, no podía esperar más. Hasta acá había llegado. Hacía noches que no dormía, desde que había encontrado la caja de las fotos familiares y se le había desarmado en sus manos. Empapada y fría.

Entró y se tragó la oscuridad del pasillo.

—¡Ernestina, Ernestina! ¿Dónde estás? —preguntó tratando de mantener la serenidad.

Antes de alcanzar la llave de la luz, tropezó con el felpudo. Dejó el bolso sobre la butaca, siguió hasta la cocina y apoyó las galletitas de limón sobre la mesa. Eran las preferidas de Ernestina.

—¡Hija! ¿Dónde te metiste?

Nada. Escuchó el secador de pelo a toda velocidad. Quizás no la había escuchado.

—¡Qué ricos aromas! ¿Gardenias? ¿O jazmines? ¡El baño parece el de un hotel! — dijo mientras las piernas se tensaban hasta doler. Respiró con fuerza.

—Jazmines... —la voz de Ernestina llegó sin ganas.

El papá de Ernestina hacía dos años que se había ido de la casa detrás de Flor, su amiga y compañera de facultad. Por eso, para ella, había muerto. Doble traición. Doble canallada. Marisa entendía que las cosas estaban mal y había que buscar ayuda. Ella también tenía su dolor, pero había que seguir. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Amargarse el resto de la vida? Carlos no merecía una sola lágrima. Viejo calentón.

Ernestina había convertido la habitación del fondo en un salón de limpieza, de ahí venía el ruido. También los aromas: cloro mezclado con jazmines, gardenias y jabón blanco; olor a trapo húmedo, a cartón desinfectado con alcohol. Caminó decidida.

-Mamá, cuidado con la alfombra, sacate los zapatos.

-¿Qué no pise la alfombra con los zapatos? ¿Querés que me descalce? Ay, Ernest!

- Cuidado, recién repasé el picaporte...

- ¿El picaporte qué? Pero si tengo las manos limpias, ¿qué decís? ¿qué bicho te picó? -dijo y tragó saliva. Sí, debía hablar hoy. ¿Hablar?

Se descalzó, se miró los pies hinchados pero no hizo caso al picaporte, entró y le dio un beso.

-Uff, ¡qué calor! ¡Te vas a ahogar! - dijo y buscó aire.

-Ay, no es para tanto, mamá, ya termino...

-¡Hija! ¡Mirá cómo tenés las manos! ¡Rojas, rojas! ¡Y también los brazos, el cuello! ¡Tenés la piel irritada!

- ¡Mamá! ¡Qué exagerada! - contestó rayando la burla mientras seguía secándose el pelo.

Marisa esperaba una respuesta amable, pero no había caso. ¿Por qué la miraría así? ¿Dónde estaría su hija?

-Bueno, secate, te espero en la cocina. Ah, no apagués las luces, por favor.

La casa parecía abandonada. Marisa se mordió el labio hasta sangrar. Abandonadas.

Se volvió a calzar y se arrastró por el pasillo, sentía todo el cansancio encima. ¿Cómo podría acercarse?

- Ernest... ¿hago unos mates? Traje galletitas de limón - dijo con tono conciliador.

- Sí, sí. Pero preparame un mate aparte...

- ¿Un mate aparte? ¿No estás exagerando un poco, hija... entre nosotras?

Ernestina empezó a protestar. Bueno no, no era una pavada. Al final todos se habían olvidado de la pandemia, quizás en eso tenía razón.

Marisa aceptó, no quería sumar otro problema. Buscó una bombilla y armó un mate en un pocillo. Mates tenía uno de cada lugar que habían visitado. Antes, eso había sido antes. Salta, Córdoba, Merlo, hasta de la Virgen de Luján había. Carlos y su manía de comprar mates, por qué no se los había tirado por la cabeza. Los había archivado en la alacena y no tenía ganas de tocarlos. No quería bajar uno y limpiarlo y discutir con Ernestina. ¡Los putos recuerdos! ¡Esto sí que era un raye nuevo! Marisa se preguntó cuánto más tenía que soportar y si sería su culpa por seguir el juego de Ernestina en silencio. Tenía miedo, eso era. Pasó la yerba por el despolvillador. ¡Ese aparatito moderno! Las yerbas de ahora eran puro polvo. Y convenía tamizar. Qué convenía. Agitó con fuerza, tosió, renegó, no ganó nada. O sí, era mejor separar la yerba molida. Lo que ya no servía.

Volvió a llamarla. Ella no contestó.

-¿De nuevo estás en el baño? Ay, Dios.

Ya había puesto el mantel sobre la mesa, las galletitas de limón en una canasta, edulcorante para Ernestina, los dos mates y el termo.

Era la excusa para iniciar la charla.

Ernestina llegó descalza, con un paquete de pañuelos descartables en la mano. Tenía el pelo reseco, las puntas quebradizas. Lo estiró con fuerzas y se ató una cola tirante. Se lavó las manos y se sentó en silencio, vio su mate improvisado. Su cara se tensó. Ese pocillo le recordaba las sobremesas de los tres. El café y la alegría. La familia. Sacó un pañuelo y limpió la bombilla.

—¡Pero mirá cómo tenés las manos! En el baño hay cremas humectantes, ponete por favor. No se te ocurra usar alcohol —dijo. Quien calla otorga.

—¿Otra vez con eso? Mamá, si seguís me voy a mi habitación...

Marisa se desesperó, tenía que retenerla, quería preguntar si había sacado turno con Laura. Necesitaba abordar el tema por algún lado, pero no quería desde ahí. ¿Por dónde? Las lágrimas le empaparon los ojos, pudo disimular, un estornudo la salvó. Alergia, esencias de mierda.

Acercó las galletitas. Ernestina las miró pero no las tocó.

Hacía un tiempo que Marisa encontraba pañuelos, servilletas y toallas, todo pasado por agua con cloro. Ernestina también había empezado a usar jabón blanco, eso era una costumbre del tiempo de ñaupá, de la época de su abuela. Pero Marisa le decía que sí, que ese jabón blanqueaba, pero ahora seguro había otras cosas. Ese olor inconfundible la remontaba a su infancia, a su abuela peleando en la batea del galponcito y fregando camisetas para ganarles un poco de blancura. Ella decía que estaban perculidas, pero Marisa sabía que eran trapos viejos y no era época de gastos. Para los inmigrantes, todo debía durar un poco más. Toda la vida. ¡Pobre abuela! ¡Qué ganas de abrazarla! Se corrió de ese pensamiento.

—Ernestina, ¿qué hacemos con esos repasadores mojados, amontonados sobre la mesada?

—No los saques, mamá. ¿te molestan?

—No, no los saco, pero me dan asco.

Marisa no podía entender esa manía, si tenía ahí nomás la lavandina pura y el rociador setenta treinta, con qué necesidad. No aguantó más. Empezó como pudo. Tragó el mate amargo. Amargo sí, como la vida. Esa sí era otra pavada que se decía por ahí.

—Hace unos días encontré toallas mojadas detrás de tu cama. Se te cayeron o te olvidaste. No importa, las levanté y las puse en el lavarropas junto con las sábanas. Ya está, lo que digo es..

—¿Ves? ¡Te metés en todas mis cosas, como cansás! ¿No te cansás? —dijo y sorbió el mate con fuerza.

Marisa estaba asustada pero siguió hablando. Era ahora o nunca. ¿Cuándo sino? ¿Cómo?

—Tenés como un furor, un desasosiego. No sé cómo llamarlo, Ernest.

—¿Eso te preocupa a vos, Marisa? ¿Eso? ¿Unos trapos mojados?

Marisa se puso de pie. La había llamado Marisa, eso hacía desde siempre cuando algo estaba mal. Muy mal.

— Sí, eso. ¿Y qué dice Laura? Porque supongo que hablarás de estas cosas..

Ernestina la fulminó con la mirada mientras se apretó una mano contra la otra.

Marisa se apuró:

—Mirá, yo no quiero entrometerme y menos con tu terapia.

—¿No? ¿Y entonces..qué es lo que estás haciendo? ¿En qué no te metes, decime ..en qué?

Marisa lo tenía claro. Ernestina necesitaba vivir sola, crecer, pero tal como estaban las cosas no sabía si esa era la solución. No todavía.

—Entiendo, necesitás tu espacio, cuando encuentres un departamento, ya te dije, yo te voy a ayudar. Pero esto..esto..

—¿Esto qué? Claro que me voy a ir con mis trapos y mis rayes como decís vos ¿Sabés? ¡No necesito tu ayuda, lo voy a lograr cueste lo que cueste!

—¡No me levantes la voz, hija! ¡Tenemos que hablar!

El silencio fue la respuesta, Marisa se levantó y fue hasta la habitación de Ernestina. Las piernas le dolían, demasiada tensión. Volvió con la caja que se desarmaba de tan húmeda y la apoyó sobre la mesa. Ernestina la miró con los ojos desorbitados.

—Decime, ¿qué es todo esto hija? —dijo sin aliento.

Ernestina intentó decir algo pero se enredó entre la rabia y la confusión.

—Hasta acá llegué. Esto no es fácil... Pero mirá, las fotos de tus cumpleaños, de la escuela, las de la comunión, algunas de la quinta, están todas estropeadas... También encontré algunos libros con las hojas arrugadas.

Ernestina se paró como un elástico.

—¿Vos lavaste las fotos hija, lavaste los libros? —dijo desarmándose.

—¿Revisaste mis cosas? —dijo y la señaló con un dedo, mientras los ojos se volvían látigos.

—No te pongas así. Escucháme Ernestina. No son tus cosas. Son nuestros recuerdos. Ya vas a estar sola ...

—Si todavía estoy acá, es por vos, me quedo por vos ¿sabés?

—¿Por mí? ¿Decís que no te vas por mí?

—¡Sí! ¡Sí! Pero no me dejás en paz, te merecés quedarte sola. ¡Sola!

Ernestina salió de la cocina atropellando a Marisa. En unos segundos volvió, trajo las toallas y pañuelos empapados. Los amontonó sobre las fotos. Fue hasta la mesada, y agarró una botella de cloro. Mientras mojaba todo con un chorro grueso se reía a carcajadas.

—Papá murió, murió. No está más, hay que limpiar todo. Todo, ¿entendés?

—Tu papá vive, hija..

Marisa tenía claro que ellas debían hacer lo mismo. ¿Acaso pensaría que ella se iba a derrumbar?

La mirada de Ernestina se oscureció.

—Cómo podés decir eso Marisa, cómo. ¡Estás en Narnia!
—dijo mientras refregaba con fuerza una foto de cumpleaños.

Marisa intentó detenerla, salvar las pocas imágenes que quedaban, salvarla. Le quitó la botella de cloro, en el forcejeo, el líquido se derramó en el piso. Ernestina se rio con ganas.

—¡Tengo más! ¡Tengo litros de cloro! ¿Cómo no los descubriste, Marisa? —dijo, burlándose—. ¿No fuiste al garaje? ¿No viste los botellones en el entrepiso? —dijo mientras se sentó y empezó a frotar.

Marisa se aplastó contra la pared.

—Hija, por favor. Hablemos, tenemos que encontrar una solución...

Dedicada a borrar cada detalle, cada gesto, Ernestina se fue tranquilizando a medida que limpiaba los rastros del pasado.

—Ernest, Ernest —repitió Marisa

Otra vez el silencio. ¿Habría algo para hacer? Salió a la calle. Las luces de los departamentos se encendían. Caminó hasta el negocio: una librería que se estaba viniendo abajo porque ella tenía la cabeza puesta en su hija. Cuando Carlos se fue, le dejó todo. Tenía otros planes, claro. Abrió y entró. Miró alrededor. Ernestina podía ayudarla y ganaría más que como secretaria del Colegio de Arquitectos. Debería retomar la carrera. Pero no quería pisar ni el negocio ni la facultad. Marisa cerró los ojos. Llamar a Carlos podría empeorar todo. Sacudió la cabeza, se refregó la cara. No podía llorar ni maldecir. ¿A qué, a quién?

Volvió tarde, Ernestina tenía la lámpara de la habitación encendida.

Fue a la cocina, preparó dos mates, cargó el termo y las galletitas en una bandeja. Golpeó la puerta y, cuando ella le dijo que pasara, se descalzó y entró. Llevaba en las manos un paquete de pañuelos descartables y con las manos envueltas en ellos accionó el picaporte.

Ernestina estaba en el escritorio concentrada en la tarea, tenía las facciones de la cara relajadas. Marisa, de a poco, se acercó, puso una silla al lado. Se sentó. Acomodó la bandeja y cebó los mates. Sorbió con ganas, Ernestina también.

Marisa levantó una foto, la miró y después tomó una rejilla, la humedeció con el agua clorada que estaba en el rociador y empezó a frotar. Sintió el papel deshaciéndose y calor en la yema de los dedos. Sintió la boca espesa. El olor le dio náuseas. Jazmines azules en el patio de la abuela. El pasado empezaba a moverse entre luces y sombras.

Nadie

dijo
nada

de

Jorge Griffa

DESILUSTRADOS

revista literaria

Jorge Griffa - Argentina

La tele lleva horas prendida. Ella no la está mirando. La prende para no estar sola y mira para otro lado. Edmundo la volvía loca cambiando de canales. Ella prefería dejarla así. Hay un programa de chimentos, o de noticias, ya no se distingue. El volumen está bajo. A la tarde le duele la cabeza si está muy fuerte. Tiene el tejido en la falda, pero no está tejiendo. Debió haber terminado la bufanda hace una semana, pero no tiene apuro. Las manos descansan encima de la lana. Marisa, su vecina del quinto C, puede esperar.

Mira por la ventana. Afuera llueve. Despacio. Constante.

El sillón tiene los apoyabrazos gastados y un par de arañazos. Edmundo decía que había que cambiarlo, pero ella le respondía que no, que todavía servía, y así quedó. Él murió hace ocho años y el sillón sigue acá.

El gato (se llama Feo, así le pusieron porque es feo) está dormido arriba del aparador, entre el florero sin flores y la foto del casamiento. En la foto Edmundo tiene el pelo negro y ella tiene veintidós años. Los dos miran al fotógrafo como si supieran lo que viene. No sabían nada. Al lado de la tele hay otras dos fotos en sus marquitos plateados: en una Jorge tiene como veinte años. Sonríe con la camisa abierta. En la otra Tomás está sentado en una vereda con un camión de bomberos de plástico rojo en la mano. Mira a la cámara sin sonreír como hacen los chicos cuando todavía no aprendieron a posar.

La locutora habla. Ella no escucha.

Después un nombre. Miguel Antonio Villamarino.

Ella se queda quieta. Las manos se le tensan arriba de la lana.

DESILUSTRADOS

Fanzine Literario Digital

Miguel Antonio Villamarino.

El gato no se mueve. La lluvia sigue igual. Todo sigue igual y ella está sentada en el sillón de Edmundo con las manos tensas escuchando ese nombre que no escuchaba desde hacía cuarenta años, pero nunca había logrado olvidar.

Miguel Antonio Villamarino.

La locutora habla de un nieto recuperado. Habla de identidad restituida. De una organización, de un acto, de una fecha. Hoy, siete de la tarde. Después le hace una pregunta a un hombre joven, de unos cuarenta años, que está parado frente a la sede de la organización con un paraguas negro. El hombre dice que es un día muy importante. Que por fin va a conocer a su hermano. Que su padre hubiera estado feliz. Lo dice con la voz quebrada, mirando a la cámara. Habla de su padre.

Miguel Antonio Villamarino.

Lo dice con una voz que no es la misma voz con que diría cualquier otro nombre. Es una voz de cuando se habla de los mártires.

Busca el control a tientas sin apartar los ojos de la pantalla. Manos húmedas que tiemblan. Power off. La tele se apaga.

Se queda así, con el control en la mano, quieta en el silencio y en la lluvia.

Jorge era el nombre de su hijo. Jorge como el padre de Edmundo. Tenía treinta y un años y trabajaba en una empresa de seguros. Aguantaba porque pagaban bien. Después iba a buscar algo mejor. Después. Vivía a cuatro cuadras, en un cuarto piso, con Graciela y Tomás. Cuatro años. Lo único que quería eran camiones de bomberos.

Conoció al vecino de Jorge en una fiesta de cumpleaños. Vivía justo arriba. Un hombre de uniforme, muy correcto. La saludó de mano. Buenas noches, señora, cómo anda usted. De usted, como hablaban los militares de antes. Su esposa era una chica joven, muy callada, Mariela o Marina, que sonreía cuando no sabía qué decir. No tenían hijos.

Después supo lo que hizo ese hombre. Las cosas que hizo. Le costó creerlo. Ella había visto su cara y su cara era la cara de alguien que dice buenas noches señora y da la mano. No lo otro. Le costó mucho. Todavía le cuesta.

Pero eso fue después.

Ese domingo ella estaba en su sillón viendo 60 minutos. Una explosión afuera. Salió sin cartera, sin documentos, sin nada. Corrió las cuatro cuadras. Lo más rápido que podía con sus piernas, que ya entonces no estaban bien. Cuando llegó había humo y policías y bomberos y gente mirando desde atrás de una cinta. El edificio entero, le dijeron. Tercer, cuarto y quinto piso volaron a la mierda. Empujó, gritó, dijo que era la madre, que su hijo vivía ahí. Un policía joven la agarró del brazo. No puede pasar. Mi hijo, mi nieto. No puede pasar.

No recuerda bien qué pasó después de eso. Humo. Un policía agarrándola del brazo. Su propio grito perdido entre sirenas.

Unos días después salieron los nombres en los diarios. Los que habían puesto la bomba. Los llamaban terroristas. Ella los leyó. Los leyó muchas veces, como si leer fuera a cambiar algo. Uno de esos nombres:

Miguel Antonio Villamarino.

Después ese nombre desapareció. El hombre desapareció. Y nadie dijo nada. Pasaron los años y el nombre se fue yendo. Pero estaba. Siempre estaba.

Ahora la locutora lo dice con esa voz.

Se levanta despacio. Las rodillas. Va al dormitorio y abre el placard. Huele a naftalina y a ropa que ya no usa. Busca en el estante de arriba, detrás de las sábanas del invierno. Lo encuentra enseguida. Acá está, le había mostrado Edmundo. Ojalá no lo necesitemos nunca.

El acto es a las siete. Todavía puede llegar.

Agarra la cartera. Se pone el tapado. El revólver pesa poco, lo guarda en el bolsillo.

Afuera sigue lloviendo. No lleva paraguas.

No cierra la puerta con llave.

EL
PESO
DEL
VACÍO

de
María Fernanda Ortiz

DESILUSTRADOS

María Fernanda Ortiz - Argentina

El olor a sudor limpio y perfume de la ropa de gimnasia de Gustavo nunca había sido tan violento. Ella doblaba la remera con una parsimonia ensayada, marcando las líneas con el filo de la plancha caliente, cuidando que no quedara una sola arruga. Abajo, en el living, se escuchaban las risas de los chicos y los bocinazos del videojuego de carreras; una normalidad ruidosa que a ella le zumbaba los oídos como un enjambre. Gustavo se estaba duchando en el baño. Ella sabía el nombre del gimnasio, sabía el horario de entrenamiento de las siete y, desde hacía tres días, sabía también que la mujer del pelo cobrizo que entrenaba a su lado no tenía alianzas, ni hijos que la esperaran a cenar, ni apuros para volver a una casa vacía.

Escuchó los pasos de Gustavo saliendo de la ducha. Ella guardó la plancha, bajó las escaleras y miró a sus hijos tirados en la alfombra.

Sintió una punzada de pánico texturada como la arena: si ella rompía el silencio, el mundo de sus hijos se partía al medio.

Tenía que hacer algo. Algo silencioso. Algo que le devolviera el control del aire.

El plato de fideos con tuco quedó intacto de su lado de la mesa.

Mientras los chicos se peleaban por el control remoto y Gustavo masticaba con la mirada perdida en el celular, haciendo muecas, ella se dedicó a desmenuzar su porción con el tenedor, moviéndola de un lado al otro. No tengo hambre, tengo el estómago revuelto, mintió, y la frase salió de su boca con una naturalidad que la asustó. Era la tercera noche que usaba la misma excusa. Nadie insistió.

Gustavo le dio un beso apurado en la mejilla, con ese olor a desodorante barato de gimnasio que ahora la hacía temblar, y se fue a acostar con los niños.

Recién a la medianoche, cuando la casa quedó sumergida en un silencio de tumba, ella se levantó de la cama con cuidado de no mover las sábanas. Fue al living a oscuras. No necesitaba prender la luz; la claridad de la calle que se filtraba por la ventana era suficiente para ver el reflejo de su propio cuerpo en el vidrio del modular. Un cuerpo de madre, un cuerpo que había albergado vida, pero que ahora sentía blando, pesado, insuficiente frente a la firmeza invisible de la otra, la que no tenía estrías ni horarios de escuela.

Apoyó las manos en el piso frío y comenzó. Flexiones, abdominales, estocadas. Una serie tras otra, sin música, escuchando solo el siseo de su propia respiración contenida para no despertar a nadie. El estómago vacío le protestaba con una puntada ácida, pero ella doblaba la apuesta. Cada flexión era un golpe de rabia contra el piso; cada gota de sudor, un intento desesperado por vaciarse de la impotencia que le quemaba las venas. Sostener la mentira de que todo estaba bien requería que ella desapareciera un poco cada noche.

A las seis de la mañana, el despertador no tuvo que hacer mucho esfuerzo; ella ya llevaba media hora con los ojos abiertos, mirando las sombras del techo. Al apoyar los pies en el piso, las pantorrillas le tiraron con un dolor agudo, un calambre seco que la obligó a morderse el labio para no quejarse. Se paró frente al espejo del baño. La piel debajo de los ojos se le empezaba a sombrear y los huesos de las clavículas asomaban un poco más filosos, como si su propia estructura quisiera abrirse paso hacia afuera.

Un día más, se repitió, mientras se pasaba una mano con agua fría por la cara para borrar el rastro del cansancio.

En la cocina, el ritmo de la mañana la pasó por encima como un tren. Preparar la leche para los chicos, buscar las mochilas, revisar que no se olvidaran las tareas. Tomás, el mas chico, se quejaba porque no encontraba un juguete, mientras su hermana arrastraba los pies con sueño. En medio del caos Gustavo apareció con el bolso del gimnasio al hombro. Olor a café, a perfume limpio, a una vida que a él no le costaba ningún esfuerzo sostener.

—Te ves media pálida hoy —le dijo el al pasar, tirándole un beso al aire que ni siquiera llegó a rozarle las mejillas—. ¿Estas comiendo bien?

Ella se quedó quieta, sosteniendo la taza de leche caliente que le temblaba sutilmente en las manos. La ironía de la pregunta le golpeó el pecho con la fuerza de un puñetazo. Quiso gritarle que se estaba muriendo por dentro y de hambre, que sus músculos ardían porque se pasaba las noches compitiendo contra un fantasma que él traía en la ropa. Pero miró los niños, que desayunaban ajenos a la tormenta, y volvió a ponerse la máscara.

—Sí, es solo el cambio del tiempo, me da un poco de alergia —respondió, forzando una sonrisa de esposa que no sabe nada. Que te vaya bien en el entrenamiento. **56**

Cuando la puerta del frente se cerró, la casa recuperó un silencio tenso. Ella miró el pedazo de tostada que había dejado su hija en el plato. El estómago le dio un vuelco de pura debilidad, pero la rabia pudo más.

Agarró el plato, tiró los restos a la basura de un golpe y se obligó a tomar solo un trago de agua fría. Todavía quedaba mucha mañana por delante, y a la noche, el living a oscuras la volvería a esperar para seguir borrando el cuerpo que él ya no quería mirar.

Pasaron las semanas y el living a oscuras dejó de ser un lugar de castigo para convertirse en su santuario. Los ejercicios ya no nacían de la rabia, sino de una disciplina fría, casi militar. Cada flexión le devolvía el control sobre sus propios músculos; cada centímetro que perdía de la vieja ella, lo ganaba en firmeza. El hambre, que al principio era una puntada desesperada, se transformó en una claridad mental inaudita. Dejó de mirar el vidrio del modular buscando la sombra de la otra mujer; ahora se miraba a sí misma. Se descubrió fuerte. Descubrió que el cuerpo que había gestado a sus hijos todavía le pertenecía, que sus piernas podían sostenerla sin necesidad de una soga que la atara a un hombre que no la merecía. Sostener la máscara frente a Gustavo ya no le costaba esfuerzo porque él ya se había vuelto irrelevante.

El quiebre definitivo llegó una madrugada de otoño. Gustavo entró a la habitación con el paso sigiloso del que arrastra una culpa pesada. Se metió en la cama y, tal vez por remordimiento o por una repentina necesidad de tibieza, estiró el brazo y la buscó en la penumbra.

Su mano se posó en la cintura de ella. Pero no encontró la superficie blanda y sumisa de los últimos años. Encontró un cuerpo tallado en piedra, tenso, completamente ajeno. Al notar el contacto, ella no se movió, ni fingió estar dormida. Se quedó rígida, fría como el mármol, congelando la mano de su esposo con su sola indiferencia. Gustavo retiró los dedos despacio, intimidado por la distancia eléctrica que emanaba de esa mujer que creía conocer. En ese silencio, él lo supo: algo se había roto para siempre.

En su cabeza daba vuelta si ella sabría de su infidelidad, la culpa y el remordimiento eran los principales verdugos de su propia tranquilidad.

A la mañana siguiente, no hubo desayuno ensayado ni excusas frente a la taza de leche. Mientras los chicos terminaban de armar las mochilas en el living, ella dejó las llaves de la casa sobre la mesada de la cocina, justo al lado del celular de Gustavo.

—Nos vamos —dijo ella, con una voz tan limpia y firme que pareció rebotar en las paredes.

Gustavo la miró, desorientado, con el miedo asomando por primera vez en los ojos. Intentó balbucear una pregunta, buscar una de sus tantas mentiras de gimnasio, pero ella lo frenó levantando la mano.

No había rabia en su rostro, solo una dignidad recuperada que la hacía ver más alta, más dueña del aire. Había dejado de comer para vaciarse de él, y en ese vacío, por fin había encontrado su propio valor. Miró a sus hijos, les abrió la puerta hacia la vereda y salió a la calle sin mirar atrás, lista para habitar el cuerpo y la vida que se había ganado a pulso.

DESILUSTRADOS

MICROCIENTOS

Los 17 de Paillaco

De Araya

Una estremecedora noticia ha despertado a los residentes de la localidad de Paillaco, donde diecisiete personas han resultado muertas luego de un confuso altercado.

Eran dos que discutían. No se sabe si fue por política, por una mujer o por un equipo de fútbol. El caso es que uno, conocido como el Tuki, tomó un cuchillo y se abalanzó contra el Negro, dándole tres certeras estocadas que lo fulminaron.

Pero el Negro no andaba solo, y sus amigos se levantaron a defenderlo. El Tuki también traía a sus compinches y se armó una trifulca confusa dentro del bar.

Dos murieron a puñetazos. Un gancho certero le destrozó el hígado a uno. El otro murió por las complicaciones de una fractura nasal.

A otro le ataron una cuerda al cuello y la apretaron hasta que quedó morado. Desde la leñera salió otro con un hacha y le dio a su rival varias veces hasta decapitarlo.

A uno le dieron con un mazo que le partió los sesos y los dejó desperdigados por el piso.

Afuera, gente de la zona empezó a aglomerarse en la calle. Los amigos llamaron a familiares y estos a más amigos. En ese momento empezaron a sonar los tiros. Una señora salió con una metralleta y cayeron tres baleados.

Chillaron las sirenas de la policía y el caos se volvió un panal de avispas. El resto empezó a correr. Alguien lanzó una bomba molotov y los oficiales fueron calcinados.

En su huida, una camioneta atropelló a dos que corrían desde la eccena. La misma camioneta cayó por el puente y sus tres ocupantes se ahogaron.

El Tuki, ebrio y malherido, quedó tendido en un callejón. Murió de exposición.

Sedución en una aplicación

De Ferreti

El otro día me metí por acá y me saliste tú.
Y pensé: «espero que me resulte con aquella
rubia sencilla». Así que, me quedé un segundo
reflexionando sobre aquellos títulos de nobleza
referidos por ella que son una real basura.
Y nos imaginé brevemente de paseo en el parque.
El conjunto me encantó. Y volví a mi mente:
«quiero que me salga ella».
Y bueno, de pronto la magia es algo muy simple
y aquí estoy; saludándote.
Entonces, ¿Cuál es tu color preferido?

Balazos en el Metro

De Pastén

-Mataron un paco arriba, afuera

-Chuta...

Es lo único que me nace decir cuando la señora que va detrás, en la fila, me cuenta vagamente por qué no pasa la micro. Estamos en el nivel -2. Hay andenes en el Intermodal La Cisterna (de vuelta). Las filas van desde el pastelón, entran por la puerta automática hasta los pasillos de locales comerciales, farmacias y tiendas de calzado. Decir "hasta" es inocente, porque no sé dónde termina el caracoleo de la masa. En ella, algunos se vuelven reporteros. Sin tantas patrañas académicas, aranceles o ramos ficticios, vuelven a la primitiva función del periodismo.

Denuncia.

"Voy tarde, mira", "tá' la cagá, toi' chata", psicopateo' en las pantallas de las señoras, adelante. Tampoco es difícil espiarlas; la letra es enorme en cada teléfono.

Más atrás, entre la puerta automática que separa locales y andenes; una química farmacéutica. Sale de la Cruz Verde, vestida de blanco, con melena rubia. Saca su celu negro y apunta sin ponerse roja. ¿Calibre? 12 Megapíxeles. Obsoleto hace unos 3 años, tal vez menos. Apunta sin pedir permiso. Todos consienten, sin reclamo (curioso). Uno... dos...! itres...! La farmacéutica nos acribilla a punta de fotos que se irán al grupo de Whatsapp de la familia, a su hija, quién sabe a cuantas personas más. Nadamos en información, a una velocidad incalculable, pero hay más incertidumbre que nunca.

La primera ráfaga, en lugar de charcos sangrientos, trajo más reporteras y reporteros. De todas las edades, grandes y pequeños, sacan diferentes modelos y calibres. Ajustan el brillo de sus juguetes favoritos, otros los limpian con el aliento vaporoso del frío; les sacan brillo. Uno... dos...! itres...! Empieza el tiroteo. Aquí no hay bandos, son todos contra todos.

Yo canto una canción en mi cabeza, a lo freestyler. "¡Deme un concepto, deme un concepto..!"

El dólar está a luca. El aceite a más de tres. Llegar a fin de mes, sin rascarme la nuca. Susto por mi ruca y por la tasa de interés. ¿Qué vendrá después, si se pitearon a la yuta? La Mano Invisible me tiene por el cuello.

Literalmente voy sin datos, sin balas. Trato de avisar que voy en camino, que el intermodal está lleno. Me arden un poquito las manos, porque también tengo mi revólver. Recuerdo: sin balas. Pongo la cámara frontal, imagino dispararme. En su lugar, hago un dos con los dedos y chanto mi mejor sonrisa: ¡Bang!

El tiroteo no mató a nadie. Ya veníamos muertos.

El último consejo del Padre Lucho

De Rojas

Estudí toda la Media en el INSTITUTO, entre el 86 y el 89. Para un chiquillo de campo, era la única opción de acceder a un colegio de excelencia.

En Semana Santa, los de IV° nos asustaban con historias de terror. Las más temibles hablaban de los duendes del bosque, pero lo que realmente inquietaba era la advertencia del Padre Lucho, con su voz rasposa e incuestionable:

—¡Queridos alumnos, nadie, debe acercarse al bosque del colegio!

La curiosidad pudo más. Esa noche, mientras todos estudiaban, me aventuré a entrar al bosque sin rumbo fijo. Caminé entre los árboles hasta llegar a un descampado. Fue cuando lo vi: Era pequeño, apenas a la altura de mi rodilla, con piel verdosa y arrugada, ojos brillantes y una sonrisa macabra. Un escalofrío me recorrió cuando el duende saltó sobre mi brazo.

—¡Te lo advertí, chiquillo! —La voz de ayuda del Cura Lucho, fue lo último que alcancé a escuchar.

Desperté en la cama del internado, agitado, creyendo en una posible pesadilla. Pero en mi brazo había marcada una cicatriz de garra. Nunca volví al bosque.

El último consejo del Padre Lucho fue:

—No creo en duendes, pero de que los hay, los hay.